

Matar la moral de los principios

HUGO ENRIQUE SÁEZ

Dice Albert Camus¹ que hasta 1789 la *trascendencia divina* servía para justificar la arbitrariedad monárquica, y que después de 1789 la *trascendencia de los principios* (razón y justicia) ha servido para justificar una dominación que no es justa ni racional. En ambos casos, lo importante es subrayar el carácter de la trascendencia, de lo que está más allá de este mundo, aquello de lo que no tenemos experiencia, sólo la promesa de alcanzarlo algún día ultraterreno. Por ende, la difícil tarea que tenemos enfrente es arrancar esta máscara de la trascendencia. Al respecto, el gran escritor francés evoca la sentencia “Dios ha muerto” y se refiere a Stirner, quien insistía en la necesidad de matar la moral de los principios nacida con la república burguesa, donde todavía se huele el recuerdo de la santidad divina. Una vez desgarrada la máscara de la hipocresía moderna sólo resta una realidad: vivimos en un mundo de amos y esclavos, de dominadores y dominados. La razón, la verdad, la belleza, invocadas formalmente, sólo constituyen un dispositivo para aplacar las conciencias y asegurar su sujeción a los grilletes de la esclavitud mental. Dos hechos recientes y simultáneos ilustran con claridad estas aseveraciones. Me refiero a la oportuna muerte del Papa Juan Pablo II y el desafuero del jefe de gobierno de la ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador.

Karol Wojtyła cumplió a la perfección un teorema de las ciencias de la comunicación: los personajes virtuales

tienden a convertirse en miembros de la familia. Desde el desgraciado inicio de su pontificado, a raíz de la súbita y nunca aclarada muerte del afable Juan Pablo I (que al parecer planeaba deshacerse del boato vaticano y mudarse a un departamento), utilizó Juan Pablo II el pretexto de sus viajes para disputar la hegemonía a otras religiones en el terreno mediático. En su extenso período al frente de la Santa Sede, reafirmó el carácter de última monarquía absoluta que posee el Vaticano y se alió con los sectores reaccionarios que encabezaron la implantación del neoliberalismo a escala internacional, es decir, Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Al final de sus días lamentó la cercanía con los Estados Unidos y terminó oponiéndose al escenario político que él mismo había ayudado a construir. Hizo un llamado a *relativizar* los valores que presiden la lógica del capitalismo, exhortó a reconocer los “errores” de la iglesia católica –aunque defendió con tozudez la cerrazón frente a las mujeres y en temas como el aborto y la homosexualidad– y condenó la invasión del ejército de los Estados Unidos a Iraq. Conmovidas por el fallecimiento de un hombre que disfrutó de una prolongada existencia, las multitudes llegaron a expresiones de inusitada ridiculez, como la fetichista marcha del papamóvil vacío por las calles de México con dirección a la Basílica de Guadalupe.

Los medios electrónicos explotaron hasta el hartazgo y sin escrúpulo alguno la transmisión de la agonía del sucesor de Pedro. En las imágenes de la televisión

padecemos una nueva forma de imperialismo intolerante: el canal 9 reprodujo todas las visitas de Juan Pablo II a México. Consecuente con el teorema mencionado, se informaba sobre la muerte de un miembro de la familia mexicana. Un abuelo bueno. Un amigo. Se repitieron distintas versiones de la canción que los medios entronizaron como mensaje de amor al Papa (“tú eres mi amigo del alma...”). La sensiblería y la frivolidad decretaron la parálisis de la reflexión, ya que quien no diera muestras de muda imbecilidad era automáticamente reprendido por el vecino más cercano. En ese contexto tan oportuno, el disciplinado ejército de borregos del PRIAN se constituyeron en “jurado de procedencia” para decapitar por “razones jurídicas” al gobierno del Distrito Federal. Un incidente, la queja de López Obrador por la nula importancia concedida por Televisa a la noticia del desafuero, motivó una severa descarga de metralla mediática en contra del ingrato que se atrevía a interrumpir el duelo de un pueblo dolido. Desde Roma, festinaba el presidente Fox que México había dado una lección ejemplar al mundo de cómo se aplica la ley. Las plumas pensantes del *The New York Times* o del *Financial Times* no coincidieron con ese optimismo derivado del *prozac*.

Los herederos de Constantino –emperador romano nunca desaforado después de tomar la comunión católica en el año 325 de nuestra era, aunque había mandado matar a su propio hijo y a hervir a su esposa– son los siervos orgullosos de reivindicar a los cristeros que ahora pululan como beatos y santos de la iglesia. Inspirados por Urbano II, el iniciador de las genocidas cruzadas, al mismo tiempo rinden honores al rey Midas y le suplican que les revele su don de convertir todo en oro. Se hacen llamar legionarios y en el yunque del presupuesto federal funden sus ambiciones desmedidas. Una auténtica mafia se ha apoderado de lo que algunos llaman con inocencia “la incipiente democracia mexicana”. No nos dejemos engañar, en esta

“modernidad” sólo interesan las relaciones de fuerza. Matemos nuestra propia y engañosa moral de principios que algún día –para las calendas griegas– fructificarán y se harán carne, migrando del mundo ideal en que los colocamos. Ello no significa actuar con dolo y malas artes. Se trata de darnos cuenta de algo elemental: los principios no guían la conducta de los seres humanos. Al contrario: “La acción ya no es sino un cálculo en función de los resultados, no de los principios.” (Camus, 2003, pág. 159) Entonces accederemos a otro estado de conciencia que nos permita luchar contra esa relación de fuerzas desfavorable que estas sectas diversas –los Salinas, los yunques, los Fernández de Cevallos– han logrado imponernos. La acción que no guarda esperanzas en principios abstractos se encarga de crear valores mediante la lucha cotidiana. ■

¹ Albert Camus (2003), *El hombre rebelde*, Buenos Aires, Editorial Losada.

